

Llegan del sueño á las confusas puertas,
Por donde sus quimeras fabulosas
Suben al cielo, hallándolas abiertas,
En breves horas de silencio ociosas;
Por la de duro enerno van las ciertas,
Y por la de marfil las mentirosas:
Salen por esta, y llegan al camino
Del conocido albergue mas vecino.

Requiere con presteza el aposento
Despierto Enrique, y con turbadas quejas
Le dijo en tan injusto apartamiento:
«¿Por qué de mí tan sin piedad te alejas?—
«Aunque con mudo y triste sentimiento,
La Maga dice, en soledad me dejas,
Contigo va la voluntad tan firme,
Que de tí no es posible dividirme.

«Después de larga y peligrosa guerra,
De Alfonso el lauro se vera logrado;
El cielo sigue y el temor destierra,
Verásle eternamente coronado;
Francesas lises besarán la tierra,
Y á su gloriosa fama dedicados,
Verán sus cuellos en fatal coyunda
Con vil cadena y humildad profunda.»

Así acabó, y el hijo de Fernando
Al campo vuelve, que en confusa junta
Su gente algun peligro recelando,
Ni duda, ni asegura, ni pregunta;
Y en el caballo alarbe ejercitando
Su duro oficio, la causada punta
Hizo que con ayuda de las riendas
En breve viese las amigas tiendas.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Recibe Juana al fuerte Paradino,
Que trujo armada gente de Lorena,
Y refiriendo el caso peregrino
De Alfonso en Ponza, se acabó la cena.
Gran turbación en todos sobrevino
De estar Gaeta en posesion ajena
Y ver en ella al español guerrero,
Siendo Lisaura el triste mensajero.

En tanto que las fuerzas celtiberas
Los muros altos de Gaeta oprimen,
Y al son confuso de sus armas fieras
Del monte inculto las cavernas gimen,
De Nápoles coronan las riberas
Cantones diestros, que el acero esgrimen,
Regidos por el fuerte Paradino,
Que de Lorena á defenderla vino.

Fué Paradino Iorenés valiente,
Constante amigo de las lises de oro,
Caudillo osado de su altiva gente
Y atento celador de su decoro.
Juntó tres mil guerreros diligente
Con excesiva mengua del tesoro,
Que pródigo gastó su duque astuto,
De Italia siendo perdicion y luto.

En muda paz la confusion se puso,
Y la gallarda gente dividida,
Fué del acuerdo popular confuso
Con públicos aplausos recibida;
Mas luego en orden, observando el uso
Que guarda la milicia prevenida,
Con lento paso y ordenado espacio
Llevó sus escuadrones á palacio.

Llegó á la sala Paradino en tanto,
Ceñido de la plebe y la nobleza,
Siendo del vulgo generoso espanto
De su conforme cuerpo la grandeza;
Mostraba airoso un dilatado manto,
Pendiente de la altiva gentileza
De los distantes hombros, que descubre,
Besando el suelo, que sus puntas cubre.

Entre brocados de escarchadas flores
Que las paredes blancas adornaban,
Cuyos relieves, venas y labores
Del tiempo los pinceles afrentaban,
Sobre distintas sedas de colores,
Que pérsicas alfombras matizaban,
Pisando su inventada primavera,
La reina Juana al Lorenés espera.

Suspensa aguarda la culpada Juana,
Viendo en Italia los temidos godos,
De Anjous la injusta sucesion tirana,
Dudosos muchos, y revueltos todos.
Su fe perjura la promesa vana
Soldar pretende por diversos modos,
Y ve medrosa en tan confusa duda
Que cada cual por su interés le ayuda.

En esta triste y congojosa lucha
Llora entregada á principios extraños,
A todos ruega y cautelosa escucha,
De todos teme prevenidos daños;
Reprime á veces su insolencia mucha,
Mas no contrasta su ambicion y enganos,
Y en tal estrecho, si el dolor lastima,
Tambien la falta de remedio anima.

Después que los forzosos cumplimientos
Al huésped dieron natural licencia,
Habiéndose ocupado los asientos
Con su ordinaria y justa diferencia,
Teniendo á todos el silencio atentos
Con mayor suspension á su elocuencia,
Que en el patrio Senado vió el Latino,
Así empezó diciendo Paradino:

«Temida Reina, que de Hesperia toda
Lo mas fecundo con imperio riges,
Y á tu querer preciso se acomoda
Cuanto con armas vencedora afliges,
Y en mar y tierra la insolencia goda
Con mengua inflame oprimes y corriges:
Conmigo de Lorena á defenderte
Las armas vienen de su Duque fuerte.

«Y si atreverse puede el que es vasallo
A tanta gloria y majestad sagrada,
Aunque revuelta de tiranos hallo
Tu patria sediciosa y alterada,
Con armas, desarmado, á pie, á caballo,
En mar, en campo, en muro, en estacada,
En tu defensa ofrecere la vida,
Que está de mis promesas ofendida.

«No pienses que del hijo de Fernando
Las rojas bandas y el acero temo,
Y ver diviso el reino, amenazando
A Italia triste funeral extremo;
Pues no tendra su gente, peleando,
Hierro en el campo y en las aguas remo,
Que en mar y tierra mi furor resista,
Con vergonzoso fin de su conquista.

«Así, le dice, de tu brazo espero,
La hermosa Reina con fingido brio,
«Oh, nuevo Alcides, inclito guerrero!
De quien mi reino y libertad confío.
Desnude Alfonso el vencedor acero
Que tiño del Ibero el curso frio
Con sangre alarbe; que afrentado y bto
Veré su dueño entre mis lanzas roto.»

Esto diciendo, de marfil y plata
Dejó el vestido asiento de relieves,
Que de sus patrios heroes retrata
La antigua gloria con figuras breves.
El pueblo circunstante se desata;
Gimió la sala, aunque con pasos leves;
Todos procuran ver cómo se ordena
La pródiga opulencia de la cena.

Asiento á todos con industria rara
Distintamente estaba prevenido,
Cuya labor sin confusion declara
Curiosa mano con marfil bruñido.
Sentóse Anjous, y con alegre cara
La Reina, al capitán agradecido
Sentóle enfrente, por dejar exenta
La sola cabecera en que se sienta.

Ceñida de rubies y diamantes
Con varios lazos el desnudo cuello,
Mostrando entre maticos y volantes
El dulce fuego su alabastro bello.
De perlas, á sus dientes semejantes,
En crespas ondas coronó el cabello,
Que pudo ser segundo testimonio
Del loco amor y perdicion de Antonio.

No vió de egipcias damas adornadas
Cleopatra sus mesas insolentes
Con vulgo mas hermoso de criadas,
En patrias y colores diferentes.
Las unas en servir apresuradas,
Las otras con acuerdo negligentes,
Mostraban blandamente su hermosura,
Neutral entre el bullicio y la mesura.

El buril formador de la vajilla
Labró en el oro troncos y guirnaldas,
Que adornan con suspensa maravilla
Racimos de zafiros y esmeraldas.
No haña el Indo por su rica orilla
Ni ve Ceilan en sus copiosas faldas
Mas piedras escondidas en sus venas,
Que aquí se ven de resplandores llenas.

Compiten sus reflejos con el techo,
Donde el Oriente trasladó sus minas,
Colmando el gusto en el prolijo trecho
Las mesas con delicias peregrinas;
Cuanto del monte el enramado estrecho,
Las aguas del Sebeto cristalinas
Y el mar soberbio esconde en su tesoro,
Servia á la ambicion en grillos de oro.

Lo mas remoto con destreza aplica
Al torpe exceso, que sin ley regula;
La vanidad tirana sacrifica
Al vientre los manjares que acumula;
Las cautas asechanzas que fabrica
Con vano estudio la ingeniosa gula,
No pueden contrastar en tierra y cielo,
Ligera fuga ni apartado vuelo.

Las ramas, que con pródiga costumbre,
Por mas que ajenos brazos se lo impiden,
Rendidas á su dulce pesadumbre,
De los paternos troncos se dividen,
Las mesas con debida servidumbre
Colmando adornan y ocupando miden,
Con tan varias ofrendas, que desiertos
El sol bañaba sus nativos huertos.

Miraba en campos de oro sus tributos,
Que en secas eras hospedó el estío
Aliva Ceres, y sus blancos frutos
La nieve afrentan del invierno frio.
Si de oro fueron, si de plata, enjutos
Del verde humor, si en canecio su brio,
A sus pasados meses los retrata,
A junio en oro, y al agosto en plata.

Levanta el vino alegre licencioso
Espumas canas en las anchas copas,
No menos que en el lago proceloso
Los remos fuertes y las altas popas.
Cantaba en tanto Licidas famoso
Con plectro grave, emulacion de Jopas,
No el sol errante ni la menestra luna,
Sino de Alfonso y Juana la fortuna.

«Calla, le dice lastimada y triste
La hesperia Reina con turbado gesto,
Suspende el dño que en mi pecho hiciste,
A voz y cuerdas por su mal dispuesto.
Mis patrios campos de españoles viste,
El muro asalta de Gaeta, y presto
En Nápoles hará las mismas pruebas,
¿Y tú cantando mi dolor renuevas?»

Todos se miran, sin que nadie evite
La muda suspension por largo rato;
En mesas y atrios el temor repite
Dudosas nuevas al comun recato.
En breve espacio se acabó el convite,
Cesó la ostentacion y el aparato,
Quedó el silencio, enmudeció la pieza,
Y así á romperle Paradino empieza:

«¿Qué turbacion ó qué imprudente miedo
Tu pecho asombra y mi furor enciende?
Perdona; oh Reina! si en hablar excedo,
Pues tu quietud mi libertad pretende.
Desta nobleza asegurarte puedo,
Y ella lo mismo de mi pecho entiende,
Que armada piensa, aunque se oponga Marte,
Poner en Zaragoza tu estandarte.

«Este terror del Ártico hemisferio,
Soberbio por sus armas y blasones,
Le vió Milan con diferente imperio
Pisar sus calles y arrastrar prisiones,
En ellas con indigno cautiverio
Sujetas vió sus bandás y pendones,
Cuando de sangre y prendas españolas
Sintió el Tirreno fatigar sus olas.

«Quien como yo de su desdicha sabe
Los mas ocultos trances que pasaron,
Testigo soy que en su cadena grave
Tus flechas ciegamente me acertaron.
Mi libertad perdí en aquella nave,
Que con cuatro galeras me robaron
Corbera astuto y mi enemiga estrella,
A vista de las popas de Marsella.—

«En tales brazos hallará recurso
(Responde Juana) mi infeliz carrera:
Cuéntame en tanto su fatal discurso,
Sus presos reyes y tragedia fiera.
La hermosa luna de su helado curso
Alegre pisa la estacion primera;
Sin miedo empieza, que olvidado agora
El sol reposa de su amada aurora.»

Callaron todos, y moviendo el labio,
Así le dice el extranjero Eneas:
«Si puede ser aliento de tu agravio
El triste caso que escuchar deseas,
Si cabe en tal dolor consejo sabio
O fiel presagio que cumplido veas,
Empezaré: con armas insolentes
Turbaba Alfonso tus seguras gentes;

«Los muros combatia de Gaeta,
Que estaba á sus ofensas prevenida,
Su osada gente, que el mayor planeta
Tenia en varias tiendas recogida.
Llegó afrentando la veloz saeta
Una barquilla, al soplo agradecida,
Besó la parda arena, que pisaron
Los que del borde en ella se arrojaron.

«Corrió la plebe atónita y curiosa,
Formando corros en confusa junta;
El discurrir cansado no reposa
Y el mas atento, por hablar, pregunta.
Creciendo la molestia licenciosa,
Alfonso experto con temor barrunta
Alguna sedicion, que justamente
Temer se puede en agregada gente.

«Apenas los umbrales de la tienda
Tocaron, apartando á quien la guarda,
Cuando el uno al temor cogió la rienda,
Soltándola á la voz medrosa y tarda;
Y por romper la popular contienda,
Al Rey, que del suceso el fin aguarda,
Dijo, callando el vulgo alborotado,
Del nuevo caso que esperó forzado:

«Invicto Alfonso, con osada muestra
Las olas doman del airado Egeo
Soberbias naves, que á tu frente diestra
Agora ofrecen inmortal trofeo.
Opuesto el ginovés á la siniestra
Fortuna, que amenaza su deseo,
Vengar desta ciudad quiere la injuria
Con blando ruego ó con armada furia.

«Glorioso en armas Axarete oprime
La juventud gallarda, que corona
Las altas popas, que besando gime
El mar sujeto al cerco de Latona.
Su intento loco vencedor reprime;
Castiga la insolencia que le abona;
Verán sus corvos pinos mal seguros
La inútil resistencia de los muros.

»Verá Milan con desigual ganancia
Poblar las aguas su ambiciosa liga,
Y en justa servidumbre su arrogancia
Hará el temor que tu fortuna siga.
Suspensa Italia y afrentada Francia,
Veran tambien con general fatiga
Tus fuerzas y tus naves españolas
Romper los muros y domar las olas.—

»Cual rústico cultor, que ocioso espera
El fin prolijo del invierno airado,
Recibe la florida primavera
Cantando amores al risueño prado;
Así del mar de Italia en la ribera
Fué recibido el albanés soldado
De Alfonso, que sin ver tiempo oportuno,
Su armada entrega al reino de Neptuno.

»La tierra dejan, y del mal incierto
Con fuerza la tirana feaseguran;
Ligeros siguen á Tebandro experto,
Y entre salados surcos se aventuran:
Iscla les muestra su aparente puerto,
Y ellos á Ponza requerir procuran,
Sufriendo su furor los cuerpos graves
De once galeras y catorce naves.

»Pudieran verla si el comun sosiego
La noche tenebrosa no abrazara;
Paró su curso presuroso, y luego
Al fuerte capitán con lumbre avara,
Montes de entenas descubrió su fuego,
Y el sol, formando con dudosa cara
En los azules campos horizontes,
Salió de nuevo por segundos montes.

»Viendo abrazar en los contrarios leños
Las blancas atas de nevadas velas
Los vientos apacibles y risueños,
Fabrica el ginovés nuevas cautelas.—
«¿Qué intentan, dice, sus neutrales dueños
Librar de infatigables centinelas
Y asaltos, si por bien pueden libralas,
De Gaeta oprimida las murallas?»

»Alfonso pues, que del fingido pecho
Conoce los pacíficos engaños,
En justa rabia y en furor deshecho,
Con ira cuerda en juveniles años,
Responde que en Italia, á su despecho,
Llorando Francia los sangrientos daños,
Sus lises de oro hesarán la arena,
El cuello exento en servidumbre ajena.

»Con tal respuesta al punto navegando,
Disimuló medrosa retirada
Con muestra cautelosa, procurando
Ganar el viento á la española armada.
El engañado Alfonso, imaginando
Que era temor la astucia disfrazada,
Siguiendo azota con iguales remos
De las hinchadas olas los extremos.

»Huyó á su industria el favorable viento;
Su forzosa amistad robó el contrario,
Volviendo con ligero movimiento,
Cual suele en media luna de ordinario;
Quedó suspenso el mar, el cielo atento,
La fortuna temió el suceso vario,
Representando al miedo y á la afrenta,
Del mundo la tragedia más sangrienta.

»Apenas se midieron las galeras
Y las pesadas naves se igualaron,
Cuando sin más tardanza las primeras
Con las agudas proas se encontraron.
Oyeron sus encuentros las esferas,
Y en los constantes polos se afirmaron;
O fué atención de lo que están oyendo,
O nuevo miedo del naval estruendo.

»La blanda espuma de su helado seno,
Con presto movimiento dividían
Las fugitivas minas del Tirreno,
Que las turbadas ondas escondían.
No con lascivo juego al mar sereno
Coronas de sus brazos ofrecían,
Sino midiendo en surcos desiguales
De sus moradas frías los cristales.

»Antes que hiciese riguroso efecto
La fuerte incontrastable artillería,
Rompió el furor del militar secreto
La muda ley con bárbara porfía.
Las armas dieron con ardiente afeto
Envidia al nuevo sol, temor al día,
Luces al mar, cometas á la guerra,
Truenos al aire y rayos á la tierra.

»Envuelto en ira el fuego inexorable,
Las popas traga con voraz injuria;
Del alto mástil al humilde cable
Nadie resiste su atrevida furia.
Tendiéndose la llama variable
Por la mañosa astucia de Liguria,
Sin rienda ofende la española gente,
Que armada la resiste solamente.

»No vió con tanta turbación Italia
En sus latinos campos al troyano,
Ni al dictador la sangre de Farsalia,
Que dió su pueblo con injusta mano,
Ni las reliquias godas en Vandalia
El bárbaro furor del africano,
Como de Alfonso célebre y guerrero
Sintió la armada el penetrante acero.

»De España puso Enrique generoso,
Segundo Alcides, al honor columnas,
Turbando de las aguas el reposo
Su diestra con reliquias importunas.
No extiende el Oceano licencioso
Tanto su imperio en las mudables lunas,
Como de Italia en playas y desiertos
El mar, huyendo la invasión de muertos.

»El fuerte Pedro, acelerado Marte,
Atenta tiene á su valor la fama;
Sangrientos golpes el furor reparte
En cuantos leños su temor derrama.
Con muestra juvenil en toda parte
Al tiempo afrenta, y á la envidia llama,
Y entranbos rinden con verdad propicia,
El su memoria, y ella su malicia.

»La turba vil con despedido miedo
Acometió al navarro, que perdiera
La vida, si el osado Rebollo
La suya á tantas armas no pusiera:
Echóle el brazo con feroz denuedo,
Y le apartó llegando la primera,
Y al que su vida tuvo amenazada,
Le rompe el pecho su animosa espada.

»A un lado vuelve con destreza y maña,
Rebatiendo las puntas atrevidas,
Y á pocos golpes dió al blason de España
En sangre envueltas infinitas vidas.
Rompió el furor con desusada saña,
Sirviendo á Juan de muro sus heridas,
Y, consagrando á sus hazañas templo,
Dió al mundo asombro, y al valor ejemplo.

»Furioso el viejo consejero asoma,
Vibrando el asta, á quien su sangre dieron
Los tímidos cultores de Mahoma,
Cuando en los campos de Jaen la vieron.
La corta espada con presteza toma,
Después que el tronco inútil dividieron
Los golpes, los encuentros y las vidas,
Al fiero agravio del valor perdidas.

»En medio de las iras animosas,
De Sandoval el fuerte adelantado,
Mostró sus duras armas rigurosas,
De su envidiosa patria desterrado.
Las inconstantes ondas presurosas
Detuvo el intratable mar hinchado,
Porque testigos fuesen de los hechos
Que vió Castilla en africanos pechos.

»Corred sin más tardanza, les decía
Neptuno, revolviendo su tridente;
Las márgenes besad de Andalucía,
Contad el daño que Liguria siente;
Conozca Juan, y entienda su porfía
A envidias castellanas obediente,
Que á un noble pecho á su rigor desnudo,
Con sola ingratitude pagarle pudo.

»Ofrece luego su dorada popa
Entre confusas armas á Gerardo,
Y cuanto en la dudosa niebla topa,
Rinde con fuerza y ánimo gallardo.
Africa presta su temor á Europa,
Y el sol, con paso detenido y tardo,
Miróle atento en medio de la esfera,
Mas luego vuelve á su veloz carrera.

»La nave afierra que gobierna Orlando,
Soberbio milanés que el viento abrasa,
Las tres moradas últimas poblando,
Y el mar de cuerpos que el furor traspasa.
Apenas por el humo penetrando
Luciente paso abrió la luz escasa,
Cuando con voz sonora y atrevida,
Así el lombardo amenazó su vida.

»No temo, el celtibero le responde,
Palabras y amenazas femeniles,
Que mal tu altivo pecho corresponde
Con voces locas y ademanes viles.—
Si tanta presunción tu engaño esconde,
Airado dice el milanés Aquiles,
Mi acero probarás, aunque presumas
Surcar los aires con ligeras plumas.

»Como en teatro público romano
Dos fieras que sus mármoles dividen,
Sin ver las plantas el ocioso llano,
Los dientes prueban y las uñas miden,
Y con furor indómito africano
El fin temido de la lucha impiden;
Así furiosos mueven los aceros
Los dos gallardos jóvenes guerreros.

»Alta la espada y el escudo fuerte,
De un golpe de Gerardo dividido,
Habiendo dado filos en la muerte,
Orlando cierra, de furor movido;
El español, temiendo que le acierte,
Aparta el cuerpo al golpe inadvertido,
Mas no pudo ser tanto, que la punta
No dividiese la templada junta.

»Cuando Gerardo siente el yelmo roto
Y roja sangre en abundante vena,
Temió su fuerza el scita más remoto,
Y el mar turbado se afirmó en la arena;
Volviendo en diligencia el alboroto,
Con diestra punta de piedad ajena,
Quiso acabar con desigual batalla,
Abriendo puerta en la cerrada malla.

»Pasó la herida el revelado pecho
Por el siniestro lado encaminada,
Sin acertar la senda hasta el derecho
La cruda mano del furor turbada;
Cuando en el ancho cuerpo, á su despecho
Orlando siente la sangrienta espada;
Rabioso el cielo con desprecio mira,
Envuelto en fuego y abrasado en ira.

»Pensó que el paladin su Durindana
Le dió para venganza de su nombre;
Detúvose por verle la mañana;
Guardó la fama al golpe su renombre:
Quedó burlada la arrogancia vana,
Sobrando herida para más de un hombre,
Y pudo resistir el peso grave,
Haciendo el mar espaldas á la nave.

»Una espaciosa viga, que termina
Los límites del agua y del navío,
Sintió segunda vez en su ruina
El duro golpe del villano brio.
La espada luego, por su mal vecina,
Al pecho siente, y con sagaz desvío,
Huyendo el cuerpo en ordenado salto,
El brazo muestra levantado en alto.

»Halló tan cerca al español, que pudo
Ejecutar su bárbara venganza,
Y del furioso golpe del escudo
Turbada, parte la cabeza alcanza;
Dudó el sentido, y al dolor agudo
Los pies hicieron desigual mudanza;
Mas con airada furia se presenta
Soberbio y animado de la afrenta.

»Cual suele el arco tártaro, que aprieta
Violenta mano, que sus puntas mueve,
Por dar vigor á la mortal saeta,
La fuerza dobla en la distancia breve;
Tal fué, sin esperar que le acometa
Segunda vez, y que el acero pruebe
El lombardo arrogante, pues la falda
Le abrió del yelmo, y penetró la espalda.

»Halláronse tan juntos, que los brazos
Hurtaron á las armas el oficio:
Secreta fuerza en los nudosos lazos
Presta el furor al rústico ejercicio;
Procuran que á sus últimos abrazos
Se muestre el fin dudoso tan propicio,
Que la cansada vida el manso viento
Reciba envuelta en el postrero aliento.

»Orlando, de ira y de soberbia lleno,
Echar al cuello á su enemigo emprende.
Ya sobre el fiero y palpitante seno
Con los temidos brazos le suspende;
Ya aquí, ya allí le arroja, y del Tirreno
Hacer sepulcro al español pretende;
Mas él recoge su vigor unido,
Por los robustos miembros dividido.

»Queriendo hacer Orlando presa nueva,
Mejoróse el contrario descansado,
Haciendo de su maña última prueba;
El pecho carga en el siniestro lado,
Y el pie contrario con destreza lleva
A su derecha pierna encaminado,
Alzando el ancho cuerpo y miembros gruesos
Con la pesada máquina de huesos.

»Logrando el fin de la confusa dula,
Lanzar el milanés al mar quisiera,
Que en crespas ondas por la proa aguda,
Su altiva ofrenda recibir espera:
Miróla apenas, y el acuerdo muda;
Temió en las ondas su impaciencia fiera
Rompió los fierros, dividió los dueños,
Soltó los cuerpos, y apartó los leños.

»Cual de Moncayo en la selvosa cumbre,
Robusta encina, que destrál divide,
Forzada de su misma pesadumbre,
El suelo estéril despeñada mide;
Así, perdida la vital costumbre,
Orlando de la lucha se despide,
Cayendo entre su gente, que corrida,
Lloró su empresa, y estimó su vida.

»Dejó á Gerardo la mortal congoja,
Y el cierto vencimiento sin trofeo,
Sin fuerza el cuerpo, y de su sangre roja
Teñidas vió sus aguas el Egeo;
Airado, el yelmo y el escudo arroja;
Lamenta el triste fin de su deseo,
Y el trance viendo en que sus naves halla,
Volvió de nuevo á la infeliz batalla.

»Temiendo Alfonso el fin de la contienda,
Con triste y muda suspensión el alma,
Quiso al suceso detener la rienda,
Y dar aliento á la defensa en calma.
Primero pues que su valor ofenda
Temida perdición y ajena palma,
Así le dice á su turbada gente,
Que en ser vencida con temor consiente:

»No sois la que, afrentando sus aceros,
Pisó de Roma los soberbios muros,
Que el sol no vió los últimos linderos
De sus latinas águilas seguros?
Esfuerzo de oprimidos extranjeros
Las armas fueron y los brazos duros,
Que al imperio mostraron por su afrenta
El yugo roto y la cerviz exenta.

»La misma sois que al africano altivo
Quitó la injusta posesion de España,
Dejando siempre á las edades vivo
Ejemplo, que sus bronceos acompaña;
¡Oh fiel Sagunto, universal motivo
De honrosos hechos, oh española saña,
Que tu constancia y venturosa injuria
Pobló las verdes márgenes del Turia!

»Y ¿aquesta gloria, que animaros puede,
Trocais agora en miedo vergonzoso?
Decidme, os ruego, ¿qué temor excede
Aquel valor antiguo helicoso?
Y si morir á Alfonso se concede,
Aunque es la muerte término forzoso,
¿Harán vuestros medrosos desconciertos,
Perder los vivos y afrentar los muertos?

»No dijo mas, y con feroz semblante
A sus amigas armas se adelanta;
Turbado corre al impetu arrogante
El mar humilde, á quien su furia espanta.
Mostraba en seco al mauritano Atlante
Las conchas y algas de su inculta planta,
Sin enlazar con invasion frecuente
Saladas trenzas la escamada frente.

»Su infausta gente, que corrida escucha
La torpe mengua, que su honor agravia,
Vuelve y revuelve en la sangrienta lucha,
Con fuerte brio y diligente rabia;
Corriente nueva de la sangre mucha
El mástil besa y la encumbrada gavia,
Tiñendo, sin mezclarse, las arenas,
Por no olvidar lo que debió á las venas.

»La fuerza busean y la industria dejan,
Los gritos crecen, los alientos faltan,
Al cielo llaman, del dolor se quejan,
Los golpes hieren, y las tablas faltan;
La furia siguen, del temor se alejan,
Dudosos paran, con furor asaltan,
Las iras braman, y las astas vibran,
El aire turban, y en el mar se libran.

»Quién de los fuertes brazos y leales
Contar los hechos atrevido trata,
Contará los menudos arenales,
En que el mudable reino se dilata,
Del Tauro los extremos desiguales,
Que el negro invierno coronó de plata,
Las verdes plantas que en sus cumbres tiene,
Y enraman las espaldas del Pirene.

»De esfuerzo inútil y dolor deshechos,
Cuando las rudas armas no aprovechan,
Ciegos del humo á los amigos pechos
Las puntas mueven, y los arcos flechan;
Los plomos, que arrojó el furor derechos,
Por la turbada mano el fin desechan,
Volviendo por desdicha ó por castigo
Al tierno pecho del mayor amigo.

»El mismo tiempo llora la tragedia,
Rindiéndose las armas españolas,
Y viendo que su afrenta no remedia,
El mar suspende las confusas olas;
Ningun socorro en las desdichas media,
Cansado al fin de lamentarse á solas:
Así animado el hijo de Fernando,
Turbado siente y dice suspirando:

»¿Cómo, piadoso padre? ¿Que es posible
Que en ti se justifique la fortuna,
Ministra del acuerdo mas terrible
Que el tiempo con memorias importuna?
Jamás fatal prodigio inaccesible
El sol detuvo ni admiró la luna,
Con tan justa razon, como le ofrece
Llorar vencido el que vencer merece.

»¿Qué digo? Si tu justa providencia
En semejantes casos se acredita,
Mostrando en esta oculta diferencia
Que en otra esfera la igualdad habita;
Si vive en duro estrecho la clemencia,
Cuando sangrientos robos ejercita
La impiedad entre bárbaros tiranos,
Con vil corona y vengativas manos;

»¿Quién duda que tu diestra en otra parte,
Deshace estos agravios aparentes,
Donde sus premios tu piedad reparte,
Sin logro de ambiciones diligentes?
Con esto rindes al injusto Marte,
A quien libró de moros insolentes
La tierra, que logrando su trabajo,
El Ebro riega y fertiliza el Tajo.

»Con tu poder, del africano alarbe
Domó la furia con victorias tantas,
Que puso del Pirene hasta el Algarbe
Su invicto brazo tus insignias santas,
Y ¿agora que el imperio de Sobrarbe
Pone en Italia vencedoras plantas,
Consientes, para infamia de los godos,
Que pierda yo lo que ganaron todos?

»Ondas del mar, que de mi España triste,
Servís de espejo á su postreros montes,
Y á vuestra espuma el sol cuando los viste,
Traslada sus dorados horizontes;
Besad sus piés, y pues dolor sentiste,
Hermosa luz, primero que tramontes,
Siguiendo las pisadas de la aurora,
Su llanto enjuga ó mi desdicha llora.

Apenas forma en la escuchada boca
El lorenés su postrimero acento,
Cuando á tristeza y suspension provoca
Lisauro á todos con turbado aliento,
Ligada al rostro una manchada toca,
El yelmo roto y el armés sangriento,
Solo en la mano de la pica un trozo,
Así les dice el desagrado mozo:

«Invicta Juana, principes angustos,
Que en músicas, olores y comidas,
Lisonjas dulces y apacibles gustos
Perdeis los años, y engañais las vidas;
Vestid aceros, y vibrad robustos
Ñudosas astas, pues mirais perdidas
Armas y honor, y que es del enemigo
Despojo agora lo que fué castigo.

»El Quinto Alfonso, de Gaeta tiene
Violenta posesion, libre y segura;
Francesa sangre y ginovesa viene
Pidiendo á vuestros brazos sepultura;
Mayor ruina su furor previene
Con mas estrago y militar soltura
Que vió el troyanó consumido en fuego
Al parto de armas del engano griego.

»Arden los techos, que vestidos de oro
Del rayo ardiente el resplandor imitan,
Y en manos del incendio su tesoro
A injustos dueños y á los propios quitan;
Perdido el virginal sacro decoro
Sus hijas miran, y llorando gritan
Las tiernas madres, que en prision honesta
Guardar pudieron lo que tanto cuesta.

»La esposa, á quien el tálamo apareja
El viejo padre con igual consorte,
Roba el soldado sin oír la queja,
Y el justo llanto que su amor reporte;
En la desierta casa apenas deja,
Porque la vida al misero se acorte,
Un vil descanso, una plebeya cama,
Cuando otros bienes pródigo derrama.

»Los muros que á Gaeta tantas veces
Librar pudieron de las rojas cruces,
Huella su vulgo con los piés soeces,
Y allivo pone victoriosas luces;
Enrique, de listones y jaeces
Cubriendo los caballos andaluces,
Con mas colores á las cañas juega,
Que vió en sus moros de Genil la vega.

»Vengad aquesta sangre avergonzada
De ver la mucha que mi pecho encierra;
Despierta, juventud, que desquidada
Duermes al son de la insolente guerra:
Si estas en sueño ocioso sepultada,
Tiranos surcos romperán tu tierra,
Serán tus campos con sus frutos varios
De ajenos labradores tributarios.

La insana furia y el ardiente vino
Las mesas derribaron por el suelo;
Caminan todos sin hallar camino,
Rompiendo ciegos el comun recelo.
Parece en el furioso desatino
Que sembró la discordia oculto dolo,
Por llevar en sus pechos adelante,
Lo que empezó en el campo de Agramante.

Unos gritan Anjous, otros que viva
Alfonso vencedor, otros que muera;
Unos que en paz el reino le reciba;
Otros de Francia siguen la bandera;
El vulgo acusa á Coradin, que priva
Con ambicion y astucia lisonjera,
Y cuando en confusion todo se mueve,
Ni á fiar ni á quejar Juana se atreve.

Con esta cisma y division confusa
Su amigo bando cada cual esfuerza,
Y unirse al otro con valor rehusa,
No por temer que su verdad se tuerza.
Anjous soberbio á Paradino acusa,
Que no libró la combatida fuerza;
El su verdad presenta por testigo,
Que ha sido siempre su constante amigo.

El blando soplo de su aliento frío
Sobre las blancas perlas desataba
La fresca aurora, y con sutil rocío
Las sonolientas flores despertaba;
Las mudas aves, que el dormido río
En grillos de sus árboles guardaba,
Despiertan libres, cuando el aire atruena,
Al arma, al arma, que en las calles suena.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

Fenisa triste y el valiente Ansherto,
Venciendo el mar y vientos enojados,
De Baya llegan al querido puerto,
Y al piadoso Liseno encaminados
Por un pastor, albergue en el desierto
Hallaron, de su dueño regalados,
Fenisa al huesped con su historia paga,
Y huye de noche por buscar la Maga.

Descubre tierra con el nuevo día
La nave, que en los brazos del Tirreno
Surcaba el viento, y con igual porfia
Besó medrosa el escondido seno;
Dotaba el sol á la mañana fria
Los verdes campos, cuando el mar sereno
Mostró á Fenisa el fin de su camino,
Y alegre puerto al combatido pino.

Quando el temido Ansherto le divisa,
Y en frente mira la enemiga tierra,
Le dice á la hermosísima Fenisa:
«Esta es Italia, que á Gerardo encierra.
El campo mismo, que soberbio pisa,
Y en si le esconde de tan justa guerra,
Hará que sea de mi espada el filo,
Para el sepulcro lo que fué su asilo.

»Presto verá tu ausente fugitivo,
Tu antiguo dueño, tu fugido amante,
La furia deste brazo vengativo,
Y á cuanto obliga una mujer constante;
Mas no verá si de la vida privo
El pecho, que vestido de diamante,
Para vitoria ilustre de mi acero,
Tu llanto y quejas resistió primero.

»¿Qué ¿no le opuso el inconstante lago
Cancho escollo de corales rojos,
Castigo justo del aleva pago
Que robó á tu hermosura sus despojos?
¿Hallaron siempre con igual estrago
De tus divinos y serenos ojos
En el tirano y blando movimiento
El sol su afrenta, y el amor su asiento?

»¿Qué ¿nunca despertaron su inclemencia
Las dulces prendas de tu amargo lloro,
Que pudo hacer su nave resistencia
De tus lucientes hebras al tesoro?
De las hinchadas olas la insolencia,
Ni amó el respeto ni guardó el decoro;
Tirano al fin que con fatal corona
Sin fe castiga, y sin razon perdona.

»Oh ley por tantos siglos aprobada,
Y en todos ciegamente recebida,
Que nazca la hermosura desdichada,
Y el daño se le infunda con la vida!
Si es varonil y altiva, deseada,
Si frágil y mudable, aborrecida;
Inútil sombra, que la edad persigue,
Que amada huye á quien dejada sigue.

»¿Qué razon, qué justicia, qué derecho
Formó en un punto al hombre venturoso
Montes de nieve en el ardiente pecho,
Donde abrasó otro tiempo su reposo?
Y á veces la flaqueza á su despecho
Hace al ingrato dueño tan dichoso,
Que amando agravia, que ofendido siente,
Y burla entre prisiones insolente.

»Oh dura condicion de las mujeres,
En quien los filos rompe el desengano,
Y son sus inconstancias y placeres
Principios necesarios de su daño!
Y tú, olvidada hermosa, si quisieres
Seguir los pasos del comun engaño,
Gerardo viva, pues la espada entrega
El que ofendido á su enemigo ruega.

»Rogar Ansherto! con furor replica
Fenisa, envuelta en vengativo fuego;
«Mal haya el que su gusto sacrifica
En viles aras con infame ruego!
Tu invicto acero á mi venganza aplica,
Y turbe de los aires el sosiego,
Si á descubrir el pecho te dispones,
Albergue de finezas y traiciones.

»Si ven mis ojos tan debido efeto,
Y á tu rigor el corazon desnudo,
Mostrando al mundo el intimo secreto
En quien mi agravio fabricarse pudo,
¿Qué inculto alarbe profanó el respeto,
Sordo á las quejas y á su afecto mudo,
Debido á un pecho que entre ofensas muere,
Que ausente ruega y ofendido quiere?

»Cuando de Italia el suelo me divise,
Por verte de mi agravio lastimado,
Haré en el punto que sus campos pise
Ecos al monte y lágrimas al prado;
Mas no daré medrosa que te avise
El viento de mis quejas abrasado,
Y en vez de ser de mi venganza tiros,
Despierten su desenojo mis suspiros.

»Ondas del mar, lisonjas de la arena:
Quando unas de otras le besais huyendo,
Y armáis, turbando la quietud serena,
Montañas de agua al viento obediendo;
Así del soplo que animoso suena,
Peñas, arenas y aguas dividiendo,
No sientan vuestros campos el ruido:
Llevadme al puerto que abrazais dormido.

No levantando espumas argentadas
Ni abriendo el leño su ordinario curso,
Y con las blancas velas amainadas
La nave, terminaba su discurso,
Cortan el mar las áncoras arpadas
Con grita igual del popular concurso,
Y en las arenas pardas que rompieron,
Firmeza en su inconstancia descubrieron.

Recibe los alegres pasajeros
De Baya el puerto, y la distancia breve
Frecuentan los cansados marineros
En un batel, que la ensenada mueve;
Sus remos juegan con el mar ligeros,
Y el prado azul se coronó de nieve,
Y sobre la blancura amanecía
Con rayos de oro de Fenisa el día.

Volvió la nave surta, y amarrada
La aguda proa al peligroso viento,
Quedando, aunque en los cabos aferrada,
Expuesta á su inconstante movimiento;
Y por mas que dormía la ensenada,
Y el aire no era soplo, sino aliento,
Ya por las peñas ó los ciezos frios
Era estacion infiel á los navios.